

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid,.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	21 id.	11 id.

En PORTUGAL como en provincias, á razón de 180 reis por peseta.
MADRID: Administración. Arzapal, 18.

AÑO XLVIII.—NÚM. XXXIX.

REDACCIÓN Y TALLERES:

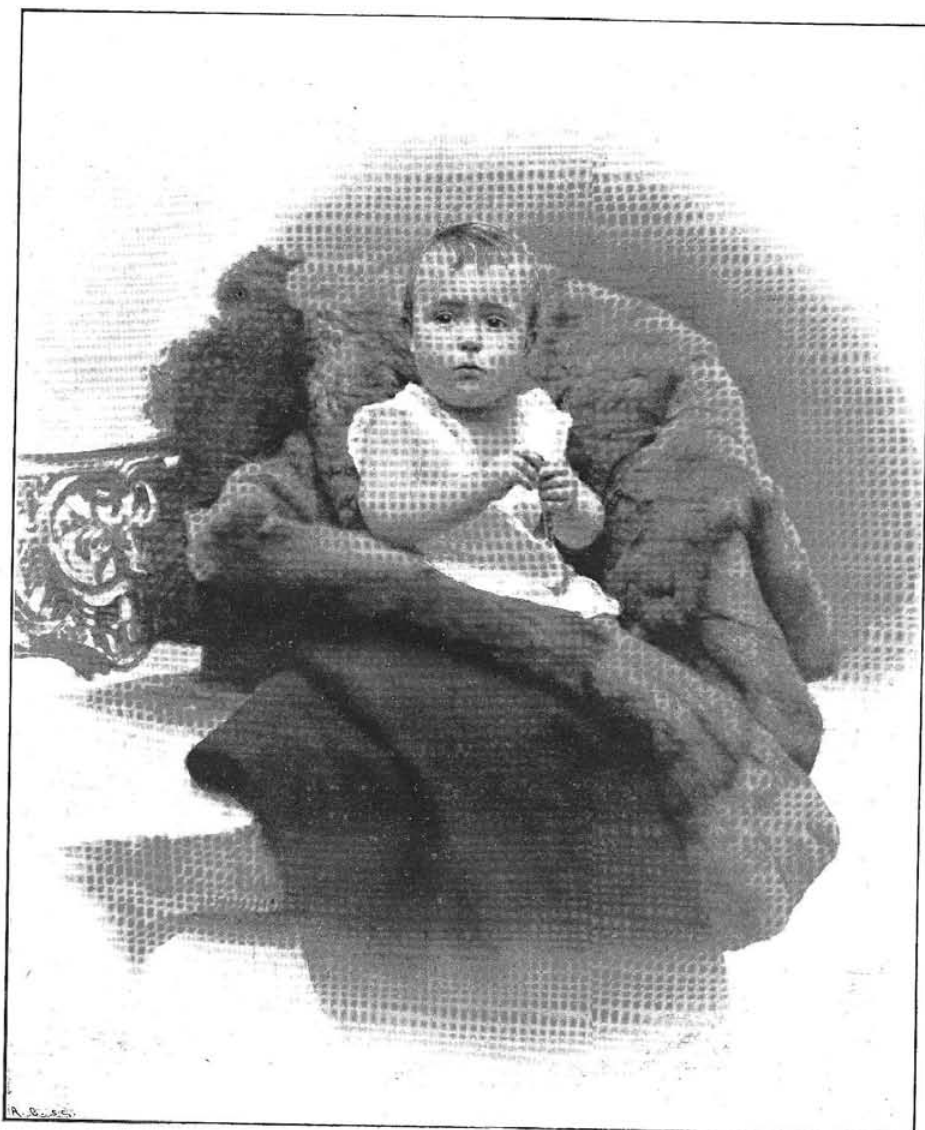
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20.

Madrid, 22 de Octubre de 1904.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Extranjero.....	50 francos.	26 francos.	14 francos.

Estados de América, Asia y Occidente (pagaderos en oro).
60 fd. 35 fd. 18
PARIS: 4, rue de la Michodière.



S. A. R. EL INFANTE D. ALFONSO,

De fotografía de Franzen.

DECLARADO INMEDIATO SUCESOR Á LA CORONA POR REAL DECRETO DE 17 DEL CORRIENTE.

BOOK
UNION
NEW YORK

La muerte de la Princesa de Asturias.



A sorpresa ha sido tan grande y profunda como el dolor experimentado. ¿Quién había de esperarlo? No había el menor síntoma que legitimara el temor de la proximidad de una catástrofe semejante. Habían sido felicísimos sus dos anteriores partos, del infante D. Alfonso María, que ya ha sido declarado su sucesor en la primera línea de los derechos eventuales á la herencia de la Corona, y del infante D. Fernando, que, con el anterior, constituía las delicias privadas de aquel hogar augusto. El penoso curso del embarazo lo había atravesado y atravesaba la joven Princesa sin accidentes extraordinarios que pudieran producir ningún género de excepcionales cuidados, y mucho menos de alarmas desconcoloradas. Un accidente imprevisto aceleró las funciones de la naturaleza y creó de súbito la gravedad del mal, que antes ha sido resuelto de esta manera trágica y luctuosa, que sabido en el palenque de la opinión. Ha venido esta muerte infortunada, como el desastre que improvisa la tempestad. A todos ha sobrecogido y en todos ha producido los mismos sentimientos de dolor y de conmiseración. ¡Una Princesa en el primer escalón de la fortuna! ¡Una esposa joven, hermosa y dotada de una bondad verdaderamente angelical y atractiva! ¡Una madre de tiernos hijos y un miembro selecto de una familia, aún más intensamente condecorada por la concentración, no abierta á todos los ojos, de la felicidad interior y doméstica, que por el brillo seductor de los esplendores de la jerarquía! ¡No existe alma honrada que no haya participado del dolor de su muerte prematura, y á la que no haya arrancado un latido sincero de amargura y de compasión! ¡Pobre Princesa! ¡Pobre madre! ¡Triste hogar!

El retrato moral de la Princesa de Asturias nadie lo ha trazado tan elocuentemente como el ilustre poeta Gaspar Núñez de Arce, en la primera página que en el álbum de S. A. R., escribió diez años de su casamiento. Hoy reviven con toda su noble inspiración aquellas cuarenta sentidas estrofas, que fueron como la ofrenda nupcial del gran poeta á la candida y esclarecida dama:

En el hogar augusto en que, serena y pura,
Se deslizo tu infancia cual claro manantial;
Donde á la vez creciste en gracia y en dulzura
Bajo el calor fecundo del beso maternal,
Ofréntese á porfía, como celestes dones,
Hoy que dichosas vives en plena juventud,
Sus apacibles sueños las castas ilusiones,
Su encanto la hermosura, su aroma la virtud.
Dios quiera que no turben jamás tus alegrías
Con sus ceñudos rostros la duda y el pesar;
Que plácidos resbalen tus dilatados días
Como gallardo esquife por el sossegado mar.
Que en horas de tormenta y en horas de bonanza
Te presten cuando avances de tu destino en pos,
La fe sus energías, sus alas la esperanza,
Y un porvenir de gloria la bendición de Dios.

El dulce anhelo del poeta, ¿no ha sido la realidad de toda aquella breve y bella vida, que forma la breve y bella historia de la Princesa muerta? La princesa María de las Mercedes no tiene biografía. Actos recónditos del hogar; fuera de él, la modestia hasta la cortadía, y en todo su espíritu reconcentrado la mayor suma y ternura de los afectos familiares y del placer de las obras buenas, no bastan para formar el memorial biográfico de una Princesa de la Corona. Cuando la voz de la naturaleza despertó en su alma los anhelos del corazón, alimentó una pura simpatía. No consultó para prestarla todo el calor de su alma ningún interés exterior; conholó en toda su pureza á la amiga jurisdicción de los que la rodeaban, impetrandoles su aprobación. El mundo exterior, movido por pasiones interesadas, se lanzó á ímprobos agitaciones, como si en amar vislumbrara un crimen, y cuando de aquellos sentimientos, que habian de confluir á soluciones indeclinables, hubo que dar noticia al interés del Estado y á las estériles y rutinarias discusiones de la plaza política, un periódico de Londres fué el encargado de contestar á las objeciones que se hicieron al proyectado matrimonio de la princesa María de las Mercedes con el príncipe D. Carlos de Borbón, segundo de los hijos del Conde de Caserta. «No ha pretendido S. M. la Reina Regente de España, D.ª María Cristina, hacer un matrimonio de Estado. Al dar cuenta del proyecto á su Gobierno, modestamente alegó argumentos maternales de gran ternura, que fácilmente hallaron eco en el corazón de sus Ministros, los cuales acogieron con simpatía los deseos de su Soberana.»

Del acierto con que obró en aquel acto el corazón de la madre, á pesar de las pasajeras agitaciones que formó la crónica indisciplina en que la sociedad española vegeta, estancada en su absoluto abandono de toda idea efectiva y consistente de progreso moral, ha sido la más elocuente muestra, el idilio que ha inundado de dichas el hogar augusto de los Príncipes de Asturias desde el 14 de Febrero de 1901 hasta la hora infausta de esta muerte temprana é imprevista, que ha venido á arrojar sobre él la densa niebla del dolor.

Bajo el punto de vista del frío é inexorable interés del Estado, la luctuosa efeméride no conmueve ninguno de los ejes del artificio político de que se componen todas las instituciones humanas. Aunque poseedora la excelsa Princesa muerta del derecho más inmediato á la Corona, este derecho puramente eventual queda encarnado en el mayor de sus hijos. Aun después de él tampoco quedá huérfano. Con todo, ese derecho esencialmente de previsión jurídica, radica con mayor imperio en las esperanzas que rodean la persona augusta del rey D. Alfonso XIII, todavía en el hermoso capullo de la edad varonil, y á quien pronto tal vez el tálamo nupcial llamará á otras faus-

tas realidades para la vida permanente de la institución que representa. El interés del Estado en esta grata esperanza condensa todos sus anhelos. Esto no arguye que sea menos profundo el dolor de la pérdida sufrida; pero en este dolor, la consideración más viva que entra es la del vacío que deja en un hogar cimentado sobre los afectos más puros de la maternidad y de todos los vínculos de la familia, un sér idolatrado y lleno de todos los encantos de la edad y de la naturaleza y de todos los prestigios de la bondad y de la virtud.

Entre las treinta y tres personas augustas que como herederos inmediatos de la Corona han gozado la alta dignidad de Príncipes de Asturias, después de la fundación de esta jerarquía para los primeros Infantes herederos de la casa de Castilla, sólo doce Príncipes de uno y otro sexo no habian llegado hasta ahora á la Soberanía del Solio. A este número se agrega ya el de la princesa María de las Mercedes. Ni todos perdieron la dignidad con la vida, ni en todos la pérdida de su existencia ejerció una influencia igual en los destinos de la patria. Algunos murieron niños, como las princesas D.ª Catalina y D.ª Leonor, y una hija del rey D. Juan II y de D.ª María de Aragón, que vivieron, la primera de 1422 á 1424 y de 1423 á 1425 la segunda; el príncipe D. Miguel, hijo de la infanta D.ª Isabel de Aragón y del rey don Manuel de Portugal, que vivió de 1498 á 1500; los príncipes D. Fernando y D. Diego de Austria, hijos del rey D. Felipe II y de D.ª Ana de Austria, de los que el primero vivió de 1570 á 1571 y de 1575 á 1582 el segundo, y, finalmente, el príncipe D. Felipe Próspero, hijo del rey D. Felipe IV y de D.ª Mariana de Austria, que sólo vivió de 1657 á 1661.

La princesa D.ª Juana, hija del rey D. Enrique IV y de D.ª Juana de Portugal, conllevó la dignidad sólo de 1462 á 1464, pues declarada ilegítima, fué depuesta de esta jerarquía, que se dió al infante D. Alonso, hermano del Rey, en el campo de Cabezón, cerca de Valladolid, en la última de estas dos fechas, y muerto D. Alfonso, proclamado rey de Castilla, el 5 de Julio de 1468, en 1.º de Septiembre del mismo año los Grandes del Reino reconocieron aquella dignidad en la excelsa D.ª Isabel, que fué la renombrada Reina Católica, copropietaria insigne de la fundación de la Unidad nacional de España. La primogénita de esta Reina y de D. Fernando V de Aragón, también llamada D.ª Isabel, ostentó la jerarquía de Princesa de Asturias desde su juramento en Madrigal, en 1476, hasta el nacimiento del príncipe D. Juan, en 1478. A la muerte de este Príncipe, ocurrida en 1497, D.ª Isabel volvió á recobrar su jerarquía, que conservó un año más, hasta 1498, en que falleció en Zaragoza del parto de su hijo el ya citado príncipe D. Miguel. También la princesa D.ª María Teresa de Austria, hija del rey D. Felipe IV y de su primera mujer D.ª Isabel de Borbón, fué reconocida Princesa de Asturias desde 1646 hasta 1657, en que nació el príncipe D. Felipe Próspero, y últimamente, en el siglo anterior, la señora infanta D.ª María Isabel Francisca, hija de S. M. la reina D.ª Isabel II y de su real consorte D. Francisco de Asís, fué proclamada Princesa de Asturias en 1851, dignidad que gozó por vez primera hasta 1857, en que nació el príncipe D. Alfonso, y por vez segunda, á la proclamación real de D. Alfonso XII, desde 1875 hasta 1880, en que nació su primogénita D.ª María de las Mercedes, que acaba de fallecer.

Tres Príncipes llamados inmediata y personalmente á la Corona fallecieron prematuramente, produciendo grande influencia en los destinos de la nación con su muerte: el príncipe D. Juan, primogénito de los Reyes Católicos, que vivió de 1478 á 1497, y por cuya pérdida, España, conducida por la mano de la Providencia á sus más altos destinos, vino á caer en la soberanía del primogénito imperial de la reina D.ª Juana, llamada *la Loca*, Carlos V, bajo cuyo estro el imperio español alcanzó la mayor dilatación que hasta entonces habia logrado ningún otro imperio en la historia, sin exceptuar ni aun el de los Césares romanos. La muerte del príncipe D. Carlos, primogénito del rey D. Felipe II y de su primera mujer D.ª María de Portugal, tal vez privó al reinado de su padre de los conflictos que pudieron acarrearse su mente extraviada y su natural inquieto, pero, habiéndose malogrado los hijos varones que tuvo aquel monarca después, hasta el nacimiento de D. Felipe III, fué esto causa de que, engendrado éste en la decadencia física de la edad y en las prostradas energías de la senectud, ni tuviera la complejión necesaria para abrigar aquel espíritu varonil que requería la conservación de una Monarquía tan colosal como era á la sazón la española, ni toda la lucidez de entendimiento que la educación y el ejemplo de tan gran padre hubiera podido agrandar á medida de su genio. Finalmente, en el reinado de D. Felipe IV, la prematura muerte del príncipe D. Baltasar Carlos se computó como una de las mayores desgracias de aquel tiempo, y lo fué en realidad, pues todavía su sucesor, Carlos II, fué engendrado en peores condiciones que lo habia sido Felipe III, y habiendo quedado de menor edad, entre una corte envilecida y un país perdido y postrado, hubiera sido inútil pretender formar de aquel monarca el carácter necesario en la gran crisis en que se halló en su tiempo la deshecha Monarquía de España.

La muy sentida muerte de la señora princesa de Asturias, D.ª María de las Mercedes, no ha de producir para el regimen ulterior del Estado, peligros ni influencia semejantes. El derecho eventual en ella representado se trasladó al mayor de sus augustos hijos, en tanto que la Nación continúa poniendo sus grandes esperanzas en la brillante realidad del rey D. Alfonso XIII. Queda de la desventurada Princesa la grata memoria de sus virtudes peregrinas; queda la orfandad de su hogar y las almas desoladas de su excelsa familia. A este dolor, que es tan grande y tan merecido, se asocia con unánime intensidad de latidos el alma entera de la Nación.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

SUMARIO.

TEXTO.—La muerte de la Princesa de Asturias, por D. Juan Pérez de Guzmán.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. Carlos Luita de Guenca.—D. Isidoro de Carrios y Hierro, por la Redacción.—El Cielo en tres siglos, por D. A. Sánchez Pérez.—Las mujeres del Quijote, por Santiago Fuentes.—Gran hombre inédito, por D. Ricardo J. Caturmeu.—Las artes santuaristas por D. R. Bala de la Vega.—Súditos.—Libros presentados a esta Redacción por autores ó editores, por *etc.*—Anuncios.

GRABADOS.—Retratos de S. A. R. el infante D. Alfonso, declarado inmediatamente sucesor á la Corona, por Real decreto de 17 del corriente de S. A. R. la Serma. Sra. D.ª María de las Mercedes, y de S. A. R. la Serma. Sr. D. Carlos de Borbón.—Fallecimiento de S. A. R. la Serma. Sra. Princesa de Asturias: El público irrumpe las listas en la aspruforma mayor del Palacio Real la noche del 17 del corriente.—Retrato de D. Isidoro de Carrios y Hierro.—Barcelona: Las fiestas de la Merced.—Artes santuaristas.

CRÓNICA GENERAL.

—¿Qué inesperado golpe para la familia Real de España, para los monárquicos y para toda persona de sentimientos generosos, el del fallecimiento de S. A. R. la Serma. Princesa de Asturias D.ª María de las Mercedes, á los veinticuatro años de edad, cuando un parte tranquilizador hacía presumir que, habiendo dado á luz con felicidad una Infanta en la madrugada del domingo 16, sólo quedaba aquejada de molestias naturales, por la complicación de un enfriamiento que había precedido al término fisiológico de su estado interesante! No estaba nadie prevenido en la mañana del 17 para aquel desenlace rápido y funesto que iba á extinguir en plena juventud una vida preciosa, y á cambiar en lágrimas el regocijo que el nacimiento de una niña había producido en el Palacio de Madrid.

—Penosa fué la impresión en esta capital cuando se vió ondear la bandera nacional á media asta en los edificios oficiales, aún engalanados con brillantes colgaduras, y los extraordinarios de la prensa anunciaron al público el fallecimiento de la segunda persona del Estado en el orden de sucesión á la Corona. A las dos y cuarto de la tarde habían pasado, según la Constitución vigente, esos derechos eventuales al hijo primogénito de Su Alteza difunta, D. Alfonso María de Borbón y Borbón, con ó sin el Principado de Asturias, no definitiva, sino circunstancialmente, mientras no tomo estado y carezca de sucesión el Rey D. Alfonso XIII. Si hubo disputas acerca del Principado, no en el punto clarísimo constitucional de su derecho preferente, por representación, á la herencia de su tío el Soberano reinante. Sea ó no anejo á ese derecho el título de Príncipe de Asturias, puramente decorativo ante el derecho moderno, pues ni la constitución le tiene en cuenta, nada significaría el que por razones de Estado, y en la probabilidad de que nazca legalmente otro derecho superior, se suspendiera la expedición del título que hoy le da su nacimiento y que sólo al heredero inmediato del trono pertenece. Pero estas divagaciones de carácter más santuario que positivo, sólo se oyeron en esos círculos donde la ley se retuerce y sutiliza: la mayoría de la población, que se guía por el sentido común y el sentimiento, unos agolpándose á firmar en las listas de Palacio, otros no conceptuándose por su humildad dignos de ese acto; las madres que saben lo que es el dolor maternal cuando se pierde una hija, los que no ignoran la tristeza con que se deshace un álamo de amor, los hermanos que han perdido hermanas en la flor de la juventud y la esperanza, y los que sienten con los que sufren amarguras, acompañaron el duelo de la familia Real con sus respetuosos sentimientos. Entre éstos nos contamos.

—¿Entiende usted eso de los suplicatorios que se discute en el Congreso? La cosa debe ser grave y trascendental, cuando el mismo Presidente del Congreso desciende de la mesa y se coloca en el banco de la Comisión, entre los que sostienen un criterio contrario al del Gobierno, y han pedido la palabra en pro y en contra los jefes de los grupos, y se habla de obstrucción ó cosa equivalente, y de que está en peligro la inmunidad parlamentaria. ¿Qué sucede?

—Pues... nada: se había acordado en la anterior legislatura negar todos los suplicatorios de los jueces para procesar á los diputados, y que en adelante se considerasen concedidos los que la Cámara no negase explícitamente en un plazo de treinta días. No hay cuestión de ideas, sino de si están comprendidos en el acuerdo todos los procesos anteriores á la fecha de éste, de que el Congreso no tenía conocimiento, por no haberse remitido los suplicatorios. Sostienen que no, el Jefe del Gobierno y la minoría de la Comisión; sostie-

nen que sí el Presidente de la Cámara, y en la Comisión la mayoría. No se trata de principios, sino de una formalidad de esas que se resuelven fácilmente cuando no hay razones graves que impidan la avenencia, y, si las hay, no se nos alcanzan.

—La muerte en desafío de D. Rafael León y Primo de Rivera, marqués de Pickman, ha promovido tal serie de cuestiones, que se necesitaría para abarcarlas con acierto mucho tacto, gran ilustración y absoluta imparcialidad.

—Y algo más: el conocimiento exacto de los hechos, que sólo por referencias incompletas ó rectificables llegan siempre al público en esta clase de lance. Hay en todos ellos dos intereses en juego: el privado, ó sea el motivo particular que coloca á dos hombres frente á frente, y éste sólo afecta á la conciencia de los enemistados; y el interés público, por la relación de los actos que cometen con las leyes del país. Suelen intervenir enconando estos choques otras cuestiones de dignidad, sentimiento y preocupaciones sociales, y todo se ha reunido en este asunto desgraciado para la excitación de los pastones. Se ha culpado al Gobernador de no haber impedido el duelo; se ha faltado al art. 349 del Código penal al practicar la inhumación del cadáver en sitio distinto del que había sido señalado por la autoridad; se duda si al artículo 350 violando ó no después la sepultura; se ha suscitado la cuestión de propiedad respecto de un panteón de familia, y se ha recordado la privación de sepultura canónica que impone la Iglesia á los que mueren en determinadas circunstancias. Si á esto añadimos las simpatías populares por un lado, y los sentimientos de clase heridos, hemos de convenir en que ni las autoridades, ni el pueblo, ni las corporaciones, ni nadie, ha podido resolver en plena libertad y sin presión, ya de las circunstancias, ya de sus simpatías y prejuicios, como siempre sucede en los conflictos que proceden de lo irregular y de las preocupaciones generales. Y en resumen. ¿Qué ha sucedido que no suceda con frecuencia? Que han ido al terreno dos caballeros, el uno por injuriado gravemente y el otro por no poder dar otra satisfacción decorosa al ofendido, dentro de la costumbre y de la naturaleza del hecho, lo que se se llama reparación por medio de las armas. Si el desenlace ha sido funesto, acaso no expone siempre su vida todo el que se bate? Si el Código impone, aunque no siempre, prisión mayor al que mata en duelo, ¿no impone también prisión correccional y hasta arresto mayor á todo el que se bate, aunque no resulten lesiones? Pues bien: á cada momento leemos en la prensa de una manera clara reseñas de duelos que las autoridades gubernativas no impiden, ni los fiscales denuncian, ni castigan los tribunales, ni nadie pide que se penen. ¿Por qué? Porque existe contradicción entre la ley y las realidades de la vida, y conflicto también entre los rigores del Código penal y los rigores del desprecio con que aflige la sociedad al afrentado: el Código no le ampara, si no queda ciego, imbecil, ó pierde un ojo, ó miembros, ó queda inútil por más ó menos tiempo. El duelo está prohibido por la ley, condenado por la Iglesia, y, sin embargo, existe, por la presión que ejercen todos en los combatientes, hasta separando á dos que rifen antes de que se igualen las ofensas. Pues todo hay que tenerlo en cuenta, y de esta confusión de costumbres, leyes civiles y eclesiásticas, preocupaciones del honor de cada clase y choque de ideas, se forman estos nudos que los Alejandro cortan con la espada y los políticos hábiles desatan con paciencia. Solamente no se puede remediar lo irremediable.

—¿Hay que agregar algo á la crónica mortuoria?

—Nunca falta: puedo citar, desde un rey, el de Sajonia, Federico Augusto, que ha muerto á la edad de setenta y dos años, en su castillo de Pillnitz, abrumado de disgustos familiares, hasta una infeliz muchacha, hija de un guardia, que después de varias tentativas de suicidio se ha ahorcado en Madrid á los trece años de edad. El contraste de la jerarquía y las edades no puede ser mayor: las penas matando á un Rey septuagenario, que ve la vida tal como es, y las penas haciendo huir de este mundo á una niña perturbada que no puede saber lo que es la vida. Sajonia es uno de los cuatro reinos que contiene el Imperio alemán; Dresde, su capital política é intelectual, y Leipzig, con su gran industria y su afamada librería, nos

son más familiares que el conjunto de aquel pequeño pero interesante reino, uno de los numerosos estados de diferente categoría que constituyen el imperio. Claro es que el cambio de reinado más interesa á la política interior de aquél que á la europea.

—No anunció usted el fallecimiento del Marqués de Novallas, primer secretario de la Embajada de España en París.

—Se supo de cierto acabada de cerrar mi última Crónica la muerte de D. Fernando Jordán de Urríes, que pertenecía á una de las más ilustres familias de Aragón: había ingresado en la carrera diplomática el 15 de Marzo de 1880, desempeñando, entre otros cargos, la secretaría de Bruselas.

—También merece un recuerdo D. Angel María Dacarrete, académico electo de la Española de la Lengua, consejero que fué de Estado, etc., etc.

—Y hermano político de nuestro inolvidable amigo D. Miguel de los Santos Alvarez. Dedicado á la administración pública, estaba hace años el señor Dacarrete retirado de las letras, y no sé si había escrito el discurso para su recepción en la Academia. Sus conferencias en el Ateneo y sus escritos literarios le habían dado un nombre honroso como publicista y en el teatro, en el que estrenó con éxito refundiciones y obras originales, de las que recuerdo *Bien vengas, mal, si vienes solo, Julieta y Romeo*, que no es la de Shakespeare, según mis noticias. *Dulzuras del poder*, en prosa, *Una historia del día*, y *Magdalena*, todas en tres actos. Terminemos esta serie de duelos dedicando un recuerdo cariñoso al joven conde de Gomar, que tan de cerca ha seguido á su inolvidable padre, y reciba su ilustre familia nuestro pésame.

—Mala la hubieron los rusos en eso de la ofensiva.

—La verdad es que no se conforma con los antecedentes del general Kuropatkin la proclama en que anunciaba á sus tropas la ofensiva y la seguridad del triunfo, con el terrible fracaso de su acometida á los japoneses: el general ruso se había hecho notar por la prudencia de sus movimientos y su oposición á comprometer el ejército en operaciones de éxito dudoso: de repente cambia de conducta, y acomete con todo su poder, haciendo alarde ante el enemigo de lo que proyecta, á manera de desafío; y esto, que en caso de triunfo le hubiera colocado á gran altura, como previsor y organizador de la victoria, le hace perder si es cierta la magnitud del desastre una parte del prestigio adquirido al combatir y sortear la mala fortuna con fuerzas inferiores. Sin embargo, no se pierde por una desgracia la reputación ganada en ocasiones difíciles, y de ahí que se atribuya á voluntad ajena el cambio de la defensiva en ofensiva, es decir, la causa de la catástrofe, no sólo material, sino moral, cuya trascendencia no se puede calcular á la hora en que escribimos en que aún se duda de la importancia de la victoria japonesa.

—Como que al cerrar usted la Crónica continúan los combates.

—No es la primera vez que nos sucede y que necesitamos atenuar las exageraciones de los partes. Desde luego, aunque las pérdidas de los rusos hayan sido enormes, ¿es creíble que en lo encarnizado de la lucha no hayan sufrido sus enemigos bajas también considerables que exijan de su país nuevos sacrificios y refuerzos? Y de eso apenas se habla. No somos tan injustos que no reconozcamos la pericia y el valor de los generales japoneses y su ejército, pero habiéndose batido con heroicidad sus adversarios, las batallas en que eso sucede cuestan caras, y algo debe de haber si es cierto que en Tokio, en vez de regocijos, se han recibido con melancolía las noticias de las últimas victorias, y la idea de la paz empieza á tener prosélitos. La gloria militar es hermosa desde lejos; pero cuando las familias van quedándose sin hijos, y los buques desembarcan millares de inválidos sin brazos y sin piernas, y los tributos aumentan, y se suceden los empréstitos, y no se ve el fin de las desgracias, la gloria es una matrona majestuosa pero triste y enlutada que cuando menos se piensa se pasa al enemigo.

—El duelo de S. A. R. ha suspendido las manobras militares y el viaje de S. M. el Rey á Al



S. A. R. LA SERMA. SRA. D.^ª MARÍA DE LAS MERCEDES.



S. A. R. EL SERMO. SR. D. CARLOS DE BORBÓN.

magro; los teatros suspendieron sus funciones en Madrid; el cañón ha estado despidiendo a la Princesa con sus salvas; los jefes y oficiales, con sus crespones, representan el luto militar, y la triste ceremonia del entierro, con su fúnebre aparato, las tradiciones palatinas. El gentío cercando el palacio para desfilár por la capilla en número tan enorme, que produjo confusiones, caídas y atropellos, demostró la profunda y general sensación producida en el pueblo de Madrid por la imprevisita y dolorosa pérdida sufrida.

— Recuerda la de otra angélica Mercedes por la tristeza general y el efecto que causó en las clases altas y bajas de Madrid. Como entonces, los periódicos se arrebataban de las manos, los pésames llegaban a millares, y al ser una y otra sepultadas en El Escorial, más que un duelo oficial parecía en toda España un duelo de familia.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

FALLECIMIENTO

DE S. A. R. LA SERMA. SRA. PRINCESA DE ASTURIAS.

Consagrado en su mayor parte el presente número a la tristísima actualidad del fallecimiento de S. A. R. la Serma. Sra. Princesa de Asturias (q. s. g. h.), publicamos retratos de dicha augusta señora hechos en épocas distintas y el aspecto que presentaba el salón de la Maqordomía mayor de S. M. en la noche del 17 del corriente, al que acudía sin cesar numeroso público de todas las clases sociales para firmar las listas de pésame por la terrible desgracia que aflige a la Real familia. De la muerte de la malograda Princesa, trata en artículo aparte el Sr. Pérez de Guzmán. (Véase la pág. 226.)



DON ISIDORO DE CARLOS Y HIERRO. — (Véase su retrato en la pág. 234, y su artículo en esta misma.)



BARCELONA: LAS FIESTAS DE LA MERCED.

Página 237.

Gran fama han tenido siempre las suntuosas fiestas que Barcelona celebra, llamadas de la Merced, por hacerse en honor de la Virgen en esta advocación simpática, que conmemora la fundación de la Orden redentora de Captivos.

Esta fama no decae con el tiempo, sino que aumenta, por el gusto y la esplendidez con que los catalanes saben organizar y llevar a cabo festejos y solemnidades.

De la brillantez con que este año se han celebrado damos una muestra con los recuadros que de ellos publicamos en el presente número.

En él figuran: la inauguración de los dos cuerpos de edificio que se han de dedicar a museos de pintura antigua y moderna, respectivamente; el aspecto de la plaza de Cataluña engalanada durante los días de las fiestas; la original y vistosa partida de ajedrez del salón central del Palacio de Bellas Artes, en la cual representaban las piezas personas vestidas primorosamente de reyes, afilés y peones; una torre humana de seis pisos formada por los *Aiguets de Valls*, tan notables en estos acrobáticos ejercicios; una vista de la playa de San Sebastián durante las regatas y fiestas marítimas, y los amenos jardines del suntuoso parque con la característica y vistosa fiesta del *Coso blanco*.



LAS ARTES Suntuarias y Decorativas Españolas y su influencia en las modernas. — (Véanse los grabados de la pág. 240, y el artículo de D. R. Balsa de la Vega en la 239.)

CARLOS LUIS DE CUENCA.



DON ISIDORO DE CARLOS Y HIERRO.

EN la casa de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, donde, cuantos trabajamos, vivimos unidos por apretados lazos de fraternal afecto, la muerte ha roto el espejo de una vida, arrancando del libro de la existencia un nombre que es hoy epitafio de un sepulcro.

Falta de nuestro lado el bondadoso compañero D. Isidoro de Carlos y Hierro, hijo del inolvidable fundador de esta Revista, D. Abelardo de Carlos y Almansa, y hermano político de nuestro actual y querido director D. Alejandro Moreno y Gil de Borja.

Aquí, donde constantemente labramos pedestales para los que nacieron artistas ó para los que se hicieron sabios por la perseverancia en el estudio y por el despaño de sus entendimientos; aquí, donde hay admiración para los vencedores en el palenque de las ideas y respeto y piedad para los vencidos; aquí, donde nunca faltan homenajes para las senilidades gloriosas, ni frases de aliento para las bizarrías de juventudes tan gallardas como inexpertas, hay también el espacio que por derecho propio reclama el que nació, vivió y murió como los buenos: siendo un artista de la honradez que, con el cincel de nobles procederes, esculpí en la realidad ejemplos de trabajo y de virtud.

Para los que se pagan sólo de vanas apariencias, acaso no tenga la figura de D. Isidoro de Carlos ese relieve que prestan los hechos estruendosos que hacen sonar los clarines de la vocinglera fama.

Mas para aquellos que saben estimar las infinitas grandezas que a alma noble atesora, es seguro que ha de resultar simpático el compañero á quien sinceramente lloramos.

Quebrantos de salud priváronle de ocupar entre nosotros uno de esos puestos cuyas brillantes y vistosidades son las que deslumbran y cantivan. Anónima a los ojos del público, pero de mérito excepcional para nosotros, y apreciadísima en cuanto vale y representa, fué su labor fecunda, su colaboración asidua, y su esfuerzo inteligente y digno en el puesto de gran confianza que desempeñaba.

Celo, actividad, exactitud, probidad acrisolada, caballerosidad cumplida..., cuanto el sentimiento honrado, la educación, la cultura y el carácter pueden poner á contribución para servir los intereses de una empresa, puso en su gestión, dentro de esta casa, D. Isidoro de Carlos y Hierro.

Pero antes que esas prendas, y por encima de todas ellas, resplandeció constantemente, serenamente, invariablemente, lo que constituyó el escudo nobiliario de su alma: la bondad.

Porque fué bueno con esa bondad sublime que, estando siempre propicia al beneficio, no deja entrada al rencor; porque fué bueno como saben serlo los que son capaces de perdonar y de olvidar, en el caso de recibir y de sentir agravios. Y porque, con abnegación y modestia extraordinarias, fué bueno, no al modo del que cree realizar un sacrificio heroico, y sí á la manera del que cumple con un deber elemental, sin buscar ni aguardar alabanza.

Esto fué D. Isidoro de Carlos; algo, tal vez, aun para aquellos que suponen que lo que más brilla es siempre lo que más vale; mucho para los que, cual nosotros, entienden que son grandes y bienaventurados los que cifran su ambición en practicar el bien, y sus timbres en el trabajo.

Ha muerto D. Isidoro de Carlos en la plenitud de la vida, cuando aún no contaba cincuenta años de edad.

Esposo modelo, estuvo casado con la señora D.ª Amalia Reina. Padre amantísimo, deja tres hijas, D.ª Amalia, casada con el primogénito de la Condesa de Chales, D.ª Pilar y D.ª Gloria.

Reciba esa atribulada familia la expresión del vivo sentimiento que experimentamos ante la desgracia que lloran, y crean que en LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA se guarda y se guardará perdurable recuerdo del que se apartó de nosotros para recibir la recompensa que Dios otorga á los que, sembrando la caridad sobre la tierra, viven con la fe y la esperanza en el cielo.

EL CIELO EN TRES SIGLOS.

I.

PREFACIO.

No, no tomemos al pie de la letra cuanto los poetas dicen. Suelen reflejar sus lamentaciones y sus gozos, expresados en forma casi siempre saductora y artística, estados circunstanciales y pasajeros del espíritu. Lo afirmado por uno, se niega por otro, y aun es muy frecuente advertir cómo un poeta se impugna á sí mismo.

No va descaminado el personaje de Bretón de los Herreros cuando, aludiendo á uno de esos privilegiados seres, cuya noble y santa misión es visiblemente embellecer el camino de la existencia, dice algo muy parecido á esto:

¡Bien haya su boca amén
Que, con elocuencia tal,
Pinta el favor y el desdén!
Ellos suelen sentir mal,
Pero ¡lo dicen tan bien (1)!

Si un vate inmortal digo, hace más de seiscientos años: «*nessum maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria*», ya otro genio, también de memoria impercedera, había escrito, con anterioridad de trece siglos: «*que el recuerdo de las desventuras era grato en épocas de biemandanza*», lo cual, sin ser precisamente la antítesis de lo otro, refleja, sin duda, situación de ánimo de todo en todo distinta; si alguien declaró que «*per troppo variar natura è bella*», el melancólico y tierno poeta de las *Rimas* exclamaba mucho tiempo después:

Hoij como ayer; mañana como hoy,
Y siempre igual,

que es justamente lo contrario.

Y, no obstante, en apariencia, uno y otro, nuestro compatriota Bécquer y el poeta italiano, asentando afirmaciones tan opuestas, tienen razón. Si: la Naturaleza toda varía, cambia incesantemente, y en ese eterno cambiar y en esa variación constante se halla acaso su principal belleza; pero la vida de un hombre, y, en ocasiones, la de una generación, es efímera para advertir algunas de esas transformaciones, que, por regla general, se realizan con extremada lentitud y por pasos apenas perceptibles para las humanas impaciencias, justificando la amarga queja del *ahoy como ayer; mañana como hoy, y siempre igual*.

Nada más inmutable, al parecer, que el aspecto de la celeste bóveda. La serenidad majestuosa y solemne del firmamento ofrece á la meditación de los mortales que la contemplan, como símbolo de la inmensidad insondable; de lo eternamente tranquilo; de lo infinitamente grandioso, al lado de nuestra pequeñez; de lo permanente, de lo invariable, y, sin embargo, ese *piélago inmenso del vacío*, de que nos habla otro poeta, varía también; cambia lo mismo que todo lo existente; se transforma sin cesar; originándose en esas transformaciones aparición y desaparición de mundos enormes, algunos de los cuales, muy pocos, vemos nacer ó morir, pero que, en su mayor número, permanecerán por los siglos de los siglos, según todas las probabilidades ignoradas para el hombre.

Hay en esos cambios del Universo muchos (sin duda los más numerosos) que se verifican realmente, demostrando que nada existe en la creación que no sea perecedero y caduco; otros existen, sin embargo, más aparentes que reales, y cuya apariencia estriba en los distintos medios de observación de que la humanidad ha dispuesto en el transcurso de los siglos.

Ligera, muy ligera indicación de estos últimos (y no de todos ellos, sino de los estudiados en el lapso comprendido entre las postrimerías del siglo XVIII y los albores del siglo XX) ha de contener este trabajo, en el que no se pretende encerrar, ni siquiera en compendio, la historia de la más antigua, de la más noble y de la más moralizadora de todas las ciencias: la Astronomía.

Examinar lo que para los habitantes de nuestro planeta era el Cielo al concluir el siglo XVIII; estudiar el cómo se ha modificado ese concepto durante el XIX, y advertir lo que es, en los comienzos del presente siglo — al que están reservados muchos y muy prodigiosos descubrimientos, — constituye el modesto propósito que se trata de llevar á cabo en las siguientes noticias. Noticias nada más; que en la ciencia sublime de los Kepler y de los Laplace, de los Copérnico y de los Newton, solamente corresponde á un admirador suyo el papel de humildísimo noticiero.

LA REDACCIÓN.

(1) *Marcela ó A cuál de los tres*: (Acto 1.º)

II.

EL CIELO EN EL SIGLO XVII.

Es lícito indudablemente á quien no se propone escribir, ni aun en recopilación reducidísima, la historia de la Astronomía, prescindir de los anales del pueblo chino, que, en opinión de Laplace confirmada por Biot, contienen las observaciones astronómicas más antiguas de que hay conocimiento más ó menos exacto. Parece probado, en efecto, que en China ya se cultivaba esa ciencia, si bien como base de ceremonias religiosas, hace más de cuarenta siglos. Permittedo ha de ser de igual modo pasar en silencio las hipótesis de Anaximenes, astrónomo griego, y de su maestro Anaximandro, muy posteriores á la época mencionada, pero que florecían unos seiscientos años antes de nuestra era, y á quienes debió bastante la ciencia astronómica, á pesar de haber enseñado Anaximenes que nuestro planeta era plano, hallándose sostenido en el aire á manera de una hoja inmensa mantenida en inmovilidad por su excesiva anchura, que no le dejaba abrirse paso por entre el aire, para caer. Pero si ni esas noticias, ni otras igualmente curiosas y más á veces, por el estudio del desenvolvimiento paulatino de la Astronomía (como las teorías de la escuela pitagórica en que halló Copérnico, según él mismo honrada y lealmente declara, las primeras vislumbres de su sistema, ó los exocéntricos y epicíclos de Tolomeo) tendrían aquí lugar adecuado, fuera desconsideración rayana con ingratitude imperdonable, cuando de adelantamientos astronómicos se habla, no mencionar con el respeto que ellos merecen, los nombres de sabios que en el transcurso de cuatro siglos, no completos, realizaron revolución admirable en la ciencia. Revolución admirable que inicia el gran Copérnico en los últimos años del siglo XV; que continúan Kepler y Galileo (Kepler, sobre todo, con sus tres leyes famosas) en el siglo XVI; que prosigue y casi completa brillantemente Newton, al comenzar el siglo XVIII, con el principio de la gravitación universal y que, ya en el siglo XIX, termina el insigne Laplace, legítimo heredero de aquellas glorias, perdurables en las páginas de la historia del saber humano.

Muy cerca de catorce siglos llevaban no de disputada y al parecer indiscutible dominación el sistema y las teorías contenidas en el *Almagesto* de Tolomeo; sistema y teorías que en conjunto—en lo que podríamos denominar sus líneas generales—se acomodaban perfectamente á las apariencias, y fueron siempre admitidas sin dificultad por el vulgo, que veía en ellas comprobadas sus propias observaciones; pero que, en lo perteneciente ya á los dominios de la ciencia, no consiguieron explicar las numerosas cuanto complicadísimas hipótesis imaginadas por el célebre astrónomo, cuando publicó Nicolás Copérnico su libro titulado: *De revolutionibus corporum coelestium*.

No se ocultaban seguramente al talento clarísimo del sabio innovador las dificultades que para abrirse paso, no ya sólo entre los ignorantes, sino también entre los tenidos por maestros, encontraría el sistema con que se proponía sustituir el de Tolomeo, después de mil cuatrocientos años de admitido en autoridad de cosa juzgada é inmodificable.

Buena prueba de que previó esos obstáculos (que, por cierto, aún no están del todo y definitivamente vencidos á principios del siglo XX) nos la proporciona el hecho de que, escrito su libro en 1507, no se atreviese á publicarlo hasta 1543. Fué preciso que transcurrieran treinta y seis años para que el sabio geómetra se decidiese á ello; y esto, cobijándose bajo la autoridad de obispos y cardenales, de quienes dice que le obligaron con requerimientos insistentes de la amistad á dar su obra á la estampa.

Quizá no considerándose suficientemente garantizado con la amistad y protección del cardenal Schonberg y del obispo Tidemann, juzgó conveniente dedicar el demodador trabajo al sumo pontífice Paulo III (Alejandro Farnesio).

Ofrecen interés las palabras siguientes dedicadas al Santo Padre:

«Tras largas investigaciones he llegado á convencirme de que el Sol es una estrella fija, rodeada por los planetas, que en rededor suyo se mueven y á los que ese astro sirve de centro y de luz; de que, además de los planetas principales, hay otros de orden secundario que giran en rededor de sus respectivos planetas principales y siguen á éstos en su movimiento circular en torno del Sol; de que la Tierra es una planeta principal, sujeto á un triple movimiento...»

En esas pocas líneas dirigidas al Papa se halla resumido lo esencial del sistema copernicano.

Errores, y errores de bulto, hay en él, como el de colocar al Sol en el centro de las órbitas planetarias; como el de suponer que estas órbitas y las recorridas por los satélites en torno de sus planetas principales son circunferencias; pero, prescindiendo de esos errores perfectamente explicables y que en la grandeza misma del descubrimiento logrado tienen su disculpa, el primer impulso, el más importante y casi decisivo está dado, y sería insensatez regatear admiración al que vió con claridad lo que hasta entonces—relegados al olvido los que se juzgaron delirios de la escuela pitagórica—nadie vislumbraba.

Copérnico, el iniciador de revolución tan radical en el estudio de la Astronomía, murió pocos días después de haber recibido el primer ejemplar de su libro.

Paulo III, el papa á quien Nicolás Copérnico había dedicado su libro, aceptó y agradeció la dedicatoria. Nada dijo ni en contra ni en pro de las enseñanzas que en las páginas del libro se contenían; aunque es indudable que el sólo hecho de admitirlo y agradecerlo tiene significación suficiente, máxime tomando en cuenta que Paulo III sobrevivió poco más de cinco años á Copérnico.

Pero la transformación era muy radical para que se la admitiera sin lucha; los obstáculos suscitados por la rutina fueron formidables; las raíces de sistemas y teorías consagrados por tantos siglos habían profundizado mucho, y era punto menos que imposible arrancarlas. El mayor y más encarnizado enemigo de toda ciencia nueva es la ciencia antigua. Pocos son los sabios que admiten, sin enérgica protesta y sin rebelarse, que lo que ellos han aprendido—y después enseñado—como verdad incontrovertible es error; que la verdad es justamente lo contrario de lo que por verdad han tenido. Esa resistencia obstinada, tenaz, persistente de la presunción humana, mucho más irreductible en el sabio á medias que en el completamente ignorante, ha sido, es y será siempre causa ocasional de calvario para los grandes inventores.

Setenta y tres años después de publicada la obra de Copérnico, y bajo el pontificado de Paulo V, la Congregación del Índice condenó como herética (decreto de 5 de Marzo de 1616) la doctrina científica desarrollada en ella. Aunque este decreto no se halla todavía oficialmente derogado, lo está de hecho; habiendo sido aceptada la teoría de los movimientos terrestres por príncipes de la Iglesia que han protegido públicamente los estudios astronómicos y hasta los han cultivado con éxito envidiable.

En 1616, por consiguiente, comenzó la lucha, que, según queda dicho, no ha terminado todavía.

«El movimiento de todo planeta (había dicho Copérnico en la dedicatoria ya mencionada) da origen á dos órdenes de fenómenos que es necesario distinguir: derivanse los unos del movimiento de los movimientos de la Tierra misma, y son resultado los otros de la revolución de los planetas en rededor del Sol.»

Lo fundamental, lo esencialísimo del sistema de Tolomeo quedaba categóricamente negado. No permanecía la Tierra fija en el centro del mundo; no giraban en rededor de ella el Sol y los planetas.

La Tierra se había convertido en uno de los planetas y, como ellos, recorría una trayectoria alrededor del Sol.

Galileo y Kepler, que fueron contemporáneos, si bien el primero nació siete años antes y murió doce años después que el segundo, aceptaron y enseñaron como les fué dable las doctrinas de su predecesor, aunque sin tener—según parece—noticias el uno del otro, y laborando cada cual por cuenta propia.

Justo es decir que para la consolidación y el arraigo del sistema copernicano hizo más Kepler que Galileo; lo cual no merma en lo más mínimo los extraordinarios merecimientos del insigne astrónomo de Pisa, el descubridor de cuatro satélites de Júpiter, de las fases de Venus, de las manchas del Sol; el autor del libro *Diálogos sobre el mundo de Copérnico y de Tolomeo*.

Un distinguido marino compatriota nuestro, don Emilio Ruiz del Arbol, publicó, no hace muchos años, un libro interesante con el título de *Exposición llana y fiel del sistema del mundo*; y logrando hermanar en su curioso trabajo los donaires del escritor festivo con los rigorismos del hombre de ciencia, resumió, en atinada síntesis, lo más esencial de cuanto actualmente se admite por los entendidos en esta materia.

Algunas páginas de su muy estimable obra (no tan conocida como debía serlo) consagra el señor Ruiz del Arbol á Kepler.

«...predecesor de Newton (escribe el marino español), y que columbró é indicó lo de la gravi-

tación, fué Kepler, cuyo descubrimiento más conocido, celebrado y trascendente, entre los varios que hizo, fué el de las leyes que llevan su nombre. Y por cierto que, según la evolución de sus trabajos, quién sabe si, á falta de Kepler, es Rosini, ó cualquier otro cisne por el estilo, el que da con las leyes de los movimientos de los planetas; pues el ilustre sucesor de Tycho-Brahe se pasó años y años comparando las distancias medias de los planetas al Sol, con los intervalos de la gamma musical; hasta que, aburrido de perder el tiempo en estos ejercicios sin descubrir las concordancias que buscaba, se le ocurrió comparar los cubos de aquellas distancias con los cuadrados de los tiempos que emplean los planetas en hacer sus revoluciones alrededor del Sol, y aquí tuvo más acierto.»

Refiérese después, sin abandonar su estilo de humorista, el Sr. Ruiz del Arbol á los sinsabores domésticos de Kepler, cuya existencia fué «interesante y apretado tejido de desdichas, estudios y descubrimientos», y volviendo á las famosas leyes dice:

«El caso es, en fin, que, comprendiendo que Marte es el planeta de más cuidado por lo excéntrico de su órbita y lo que á veces se aproxima á la Tierra (cuando está en la oposición), Kepler lo tomó en estudio, y después de haber intentado explicarse sus movimientos por el sistema mixto de Tycho-Brahe, vió que donde todo podía salirle claro era en el de Copérnico; y al cabo de muchas dudas, grandes dificultades y trabajos continuos, dió con la ley llamada de las *areas*, la segunda de las que llevan su nombre y que ha sido la primera en el orden cronológico...»

«Halló después la primera ley kepleriana (segunda en el orden cronológico), la de las *elipses*,..., y, por último, en fuerza y resultado de diez y siete años de penosos labores, en parte dedicadas al solfeo, de que he hablado antes, descubrió en 1618 la tercera ley...»

Las tres leyes de Kepler vinieron á dar consistencia y fundamento sólido y definitivo al sistema de Copérnico, resolviendo dudas y orillando dificultades que la diversidad advertida entre las secuencias teóricas de la hipótesis y los resultados de las observaciones presentaban.

Admitido que las curvas descritas por los planetas en rededor del Sol no eran circunferencias, sino elipses, en uno de cuyos focos se hallaba el astro-rey del sistema, explicábase perfectamente que fuesen variables las distancias de un mismo planeta al Sol; aceptada la ley llamada de las *areas*, la primera descubierta por Kepler, aunque la segunda en la exposición, comprendíase las distintas velocidades angulares advertidas en el movimiento de traslación de cada planeta. Con la tercera ley quedaban establecidas las relaciones entre los movimientos de traslación de los planetas y sus distancias respectivas al Sol.

Paso gigantesco, sin duda, fué el que, merced á las leyes de Kepler, dió el estudio de la Astronomía, después del vigoroso impulso comunicado por Copérnico y antes de que Newton, en su fecundo principio de la gravitación universal, principio sobre el cual tiene su base más sólida la *Mecánica celeste*, y de que Laplace (el profundo Laplace, de quien dijo muy acertadamente Fourier: «Hubiese acabado la ciencia del cielo si esta ciencia pudiera ser acabada», y que con sus obras magistrales *Teoría de los movimientos de los planetas*, *Sistema del Mundo* y, sobre todo, el admirable tratado de *Mecánica celeste*, proporcionó debido desarrollo al descubrimiento de Newton) cerrasen el glorioso ciclo, que se inicia en Copérnico en 1543, y termina con Laplace en los comienzos del siglo XIX.

¡Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y Laplace! ¡Labor admirable y maravillosa la suya! Debe-se á ellos la creación y el prodigioso desarrollo de la Astronomía. No van solos en su colosal empresa; precedenlos ó los acompañan ó los siguen varios auxiliares, que se llaman: Tycho-Brahe, cuyos cálculos fueron de gran utilidad á Kepler, según él mismo lealmente declara, para la deducción de sus tres leyes famosas; Bode, que dió su nombre á la ley de Titius, muy en boga algún tiempo, hoy desautorizada y que sólo se conserva en los libros á título de curiosidad histórica ó como medio mnemotécnico para recordar las distancias aproximadas de los planetas al Sol, tomando por unidad la que separa á este astro de la Tierra; y Faye y Encke y Gambart y Herschell y Piazzi y Weatstone, y tantos y tantos otros ilustres físicos, geómetras y astrónomos que ya con sus constantes observaciones, ya con sus laboriosos cálculos, ya con invenciones ó perfeccionamientos de aparatos ópticos, llevaron en épocas distintas no granos de arena, sino enormes sillars





S. A. R. LA SERMA. SRA. D.^A MARÍA DE LAS MERCEDES,

PRINCESA DE ASTURIAS.

Nació el 11 de Septiembre de 1880.—† el 17 de Octubre de 1904.

para levantar el gran edificio de la moderna Astronomía.

Con unos y con otros descubrimientos, con unas y con otras teorías, con autorizadas hipótesis y con leyes, ya que no discutibles del todo, casi por unanimidad admitidas, los geógrafos y cosmógrafos de fines del siglo XVIII entregan al estudio de sus herederos en el XIX, el universo dividido en dos partes de muy distintas magnitudes.

Relativamente pequeña, pequesísima, casi insignificante la una, á la que dan el nombre de *sistema solar*; inmensa, puede decirse que infinita, la otra, que recibe la denominación de *sistema sidéreo*.

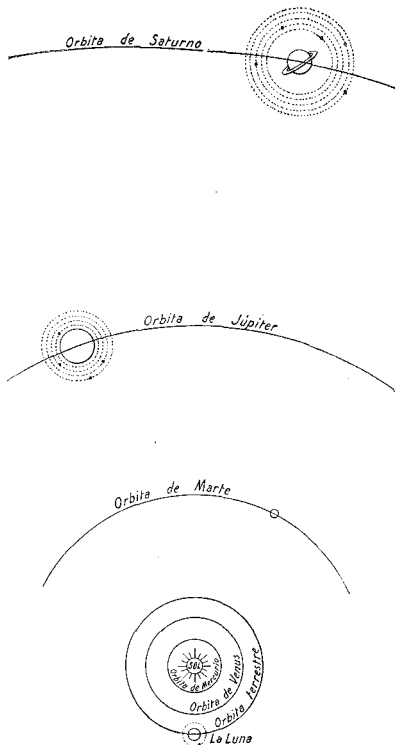


LÁMINA I.º — Nuestro sistema solar en los años últimos del siglo XVIII.

En la primera, viven agrupados, muy cerca unos de otros, como en familia: el Sol; seis planetas de primer orden, *Mercurio*, *Venus*, la *Tierra*, *Marte*, *Júpiter* y *Saturno*, nombrados según las distancias, desde la mínima á la máxima, que los separan del Sol, de quien reciben todos, con más ó menos intensidad según el respectivo alejamiento, la luz que los alumbraba, el calor que los vivifica y el movimiento que los anima; diez planetas secundarios, denominados satélites, que, inseparablemente unidos á la Tierra, á Júpiter y á Saturno, giran en torno de éstos, y simultáneamente siguen el movimiento de ellos en rededor del Sol (de esos satélites corresponden uno á la Tierra, la Luna; cuatro á Júpiter y cinco á Saturno), y un anillo de materia luminosa que rodea á este último planeta.

Lejos, muy lejos, á distancias inconcebibles por lo enormes, hállanse diseminados, sin orden ni concierto perceptibles para nosotros, los cuerpos celestes; que constituyen el *sistema sidéreo*.

Este sistema, formado por innumerables estrellas (muchísimas de las cuales es seguro que no llegaremos á ver nunca, no obstante contarse por millones las que con el poderoso auxilio de los telescopios hemos descubierto), lo constituyen, según todo induce á presumir, soles, centros de otros tantos sistemas análogos al nuestro, aunque de dimensiones mucho más grandiosas.

El catálogo de estrellas más acreditado y de mayor autoridad al concluir la centuria, era el de Flamsteed, publicado en 1725, y que comprende las coordenadas de 2.931 estrellas vistas y estudiadas en el Observatorio de Greenwich por el mencionado astrónomo, primer director de aquel establecimiento famoso, á cuyo frente estuvo Flamsteed en el último tercio del siglo XVII.

Sabido es que las constelaciones clasificadas por Tolomeo, conservándoles los nombres que la fantasía ó el capricho del vulgo les había dado, fundándose en semejanzas, más ó menos remotas, con animales determinados ó con objetos de uso común, son 48; doce zodiacales, que, en efecto, recibían los nombres mismos de los signos del Zodiaco; veintinueve boreales, y quince australes, visibles sobre el horizonte de Alejandría en tiempos del célebre astrónomo.

Ese número de constelaciones subsistió hasta principios del siglo XVII.

Tyco-Brahe agregó dos constelaciones á las boreales, el año 1603; la *Cabellera de Berenice* y *Antinoo*.

En 1604 agregó Bayer doce á las australes. Hevel, en el año 1690, añadió nueve á las boreales y dos á las australes.

La Caille adicionó catorce á las australes, en 1752. Y por aquella misma época, esto es, á mediados del siglo XVIII, se sumaban á las boreales nueve constelaciones más, por Bode.

Aditamentos con los cuales las constelaciones señaladas por los autores de mapas celestes, al terminar el siglo XVIII, eran un centenar próximamente.

En lo que se refiere á las estrellas variables, solamente cuatro fueron estudiadas con exactitud en el siglo XVIII.

La denominada *Mira* (*ómicron* de la *Ballena*), descubierta por Holwarda en 1639. Esta estrella, nombrada con mucha justicia *Maravillosa*, aparece como de segunda magnitud, se presenta después como de cuarta, descendiendo sucesivamente hasta convertirse en inferior á las de la décima; ocúltase entonces, y transcurrido un período de 331,53 días, reaparece en su aspecto de estrella de segunda magnitud.

La llamada *Algol* (*beta* de Perseo), descubierta por Montanari (1669), algo más que de segunda magnitud parece al principio; baja hasta colocarse entre las de cuarta, y aumenta después hasta que torna á su magnitud primitiva; cumple esta evolución en 2,87 días.

La *Xi del Cisne* (sin denominación especial), descubierta por Kirch (1687), pasa de cuarta á séptima magnitud, sigue descendiendo hasta convertirse en estrella inferior á las de décima magnitud, se oculta por último, y torna después á su brillantez de estrella de cuarta magnitud. La duración de este período es de 406 días.

Por último, la 30.ª de la constelación *La Hidra*, sin denominación propia, descubierta por Maraldi (1704), pasa igualmente de cuarta á décima magnitud, y vuelve á la cuarta en 495 días próximamente.

Esto es cuanto los astrónomos del siglo XVIII dejaron á sus continuadores del siglo XIX, en lo tocante á la variabilidad de algunas estrellas; pues si bien es cierto que Koch, Pigot, Goochsicke, Harding, Herschel, obtuvieron de sus asiduas investigaciones importantes resultados en esta materia durante las dos últimas décadas del mencionado siglo XVIII, es verdad asimismo que esos resultados no fueron del dominio público, ni constituyeron materia de doctrina en los centros docentes hasta muy adelantado el siguiente siglo.

Al siglo XIX corresponde también la determinación de los paralajes de algunas estrellas; la observación de las distintas coloraciones de muchas; el estudio de las estrellas dobles, triples y múltiples y las investigaciones sobre varias *nebulosas*, acerca de las cuales, cuando comenzaba el último cuarto del siglo próximo pasado, escribía lo siguiente un ilustre astrónomo español:

«La *Vía láctea*, inmensa mole de estrellas de todas magnitudes y colores; de estrellas dobles, triples y múltiples; de conglomerados de estrellas, en muchedumbre incalculable; y de nebulosas con mucha dificultad y sólo parcialmente resolubles, constituye una simple nebulosa celeste, de la cual el Sol, la Luna y los planetas, y entre los planetas la Tierra, son como un átomo impalpable. Mas lejos todavía, dispersas y escondidas en los remotos confines del firmamento hasta hoy explorado, centellean débilmente y desafían la curiosidad humana otras cien nebulosas, en magnitud y en belleza comparables á la *Vía láctea*.

»Allí los colocó Dios en señal de su Omnipotencia, como peldaños de la escala por donde el generoso espíritu se remonta desde el polvo de la Tierra hasta los senos misteriosos de la Eternidad.»

Los *Cometas*, divididos hoy en periódicos y no periódicos, son muy imperfectamente conocidos al comenzar el siglo XIX.

De los cometas, sobre los cuales se había fijado en todos tiempos la imaginación del vulgo, siempre impresionable y dispuesto siempre á soltar las

riendas á la fantasía, se contaba, por ejemplo, que al terminar el siglo XV pudo ser observado uno de enormes dimensiones, al cual nombraba el populacho italiano *il signore Astone*; que, medio siglo después, ó sea en los primeros años del XVI, se presentó en el horizonte el denominado de *Carlos V*, respecto del cual supusieron los astrónomos que había aparecido ya en el año 1264 y que reaparecería en 1860 (por cierto que no reapareció ni en aquel año, ni en los siguientes), y, por último, que á más de una *estrella de rabo* (aceptada la locución vulgar), notable por su brillantez extraordinaria, casi á mediados del siglo XVIII (1744) apareció otro, al que los astrónomos franceses designaron con el nombre de *Cheveaux*, porque presentaba numerosas cabelleras.

Indeterminados sus elementos, ignorada y quizá ni aun sospechada la periodicidad de algunos, eran los cometas *seres misteriosos* que hasta para los sabios parecían viajeros procedentes de las apartadísimas regiones del sistema sidéreo, que penetraban accidentalmente en el nuestro, alejándose después para sumergirse de nuevo en la insondable profundidad del espacio infinito. Eran, por decirlo así, mensajeros de otros mundos que, en ciertas ocasiones, nos ponían momentáneamente en relación con ellos, trayendo al grupo reducido de los planetas algo de la vida y de la sustancia de regiones desconocidas. Para el vulgo, fueron siempre los cometas presagios de próximas desventuras y de calamidades espantosas; aun en el día, lo son para muchos; no faltan quienes, sin dar crédito completo á las vulgares supersticiones, temen la posibilidad de un choque en el cual tocaría á nuestro planeta la peor parte.

Á lo que se lleva dicho estaban reducidas las noticias que del cielo tenían las personas ilustradas, cuando alboreaba el siglo XIX. Llamado por algunos del vapor y de la electricidad, y al que sería, quizá, más justo nombrar siglo de la *Astrofísica* y de los asteroides.

Continuara.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LAS MUJERES DEL QUIJOTE.

ENTRE la multitud de figuras femeninas queembran la gracia y la belleza, los celos ó el amor al través del árido camino recorrido por el hidalgo manchego, ninguna alcanza el relieve de las heroínas novelescas de otras producciones de Cervantes.

Al contrario de lo que sucede en las obras de Ibsen, donde el carácter de la mujer empujea al padre, al amante ó al marido, la fuerza sugestiva de D. Quijote, relegando á segundo término los demás personajes, disminuye la intensidad de las creaciones femeninas.

El papel de coprotagonista no existe en realidad, quedando reducido al ideal influjo de una dama quimérica en las bienandanzas y arrojos de un caballero andante. Y si la heroína de la fábula jamás figura en ella directamente, no es de extrañar que ninguna de las mujeres del *Quijote* posea el valor estético de la *Gitanilla* de *La ilustre fregona* y de otras protagonistas de las novelas ejemplares.

Desarrollándose la acción en la época en que eran más pósticos, extraños y frecuentes los *lances de amor y galanía*, posee en cambio el *Quijote* inaudita riqueza de tipos femeniles. Hay mujeres desdichadas, como *Marcela*; dignas y apasionadas, como *Luscinda*; traviesas, como *Alcibadora* y la hija del ventero; taimadas, como *Leonela* y *Camila*; zafias y hombrunas, como *Maritornes*, *Teresa Panza*, y la idealizada *Aldonza Lorenzo*; intrépidas y varoniles, como *Ana Félix* y *Clavdia Jerónima*. El carácter de una imprime á algunos episodios un tinte tan idílico cual el de los amores de *Clara* y *Don Luis*, de la mora y el cautivo; el de otras un color alegre de renacimiento italiano, como las aventuras inspiradas por la Duquesa; el de otras un giro tan torzudo que hubiese desafiado á Maquiavelo, cual las intrigas de *El Curioso impertinente*. Y á pesar de una variedad tan artística, de una multiplicidad tan sorprendente, que nos permite estudiar en todos sus aspectos la feminidad de entonces, existen tipos generales, como el de la pastora culta, el de la dueña tercera y el de la doncella burlada, que se repiten sucesivamente en toda la obra, pudiendo asignarse caracteres comunes también á sus pasiones, á sus desgracias y á su conducta.

Por un convencionalismo arraigado aún en nuestros tiempos, todas las protagonistas de los episodios amorosos poseen indefectiblemente una hermosura, elevada casi siempre á la perfección

del prodigio, de tal suerte, que cuando se reúnen varias, como en los sucesos de la venta, cada una eclipsa á las anteriores. Tan sólo la Duquesa, bella y joven también, según confesión de la misma dueña, su detractora, tiene la tacha de la fuente de humores, cuyo descubrimiento costó tan caro á D. Quijote y á D.º Rodríguez.

«A mediados del siglo XVI—dice Navarrete en sus notas á la edición del *Quijote*,—buscaban todos en sus novelas y comedias la gracia y la naturalidad, el amor y las musas entre las floridas praderías y los frondosos bosques y entre el candor y sencillez de los pastores y zagalas.» No es, pues, de extrañar que abundan tales elementos en las obras de Cervantes, pudiendo asignarse á las pastoras los invariables caracteres de serlo por su voluntad, y además ricas, independientes y tan ilustradas, que reflejan en sus diálogos los discretos de la época, recitan églogas de Garcilaso y aun de Camoens en portugués, y comentan la primera parte del *Quijote*, adoleciendo, por de contado, de todos los convencionalismos de la poesía bucólica.

Tipo peculiar y originalísimo de aquella sociedad, heredado de los tiempos medioevales, era la dueña, cuya representación y autoridad, desacreditada por el mismo Cervantes al referir la anécdota de las dueñas de cera y al ridiculizar su vigilancia en la fingida historia de la *Trifaldí* y en otros episodios, era sin embargo tan insustituible, aun para las casadas, que D.º Guisomar las llevaba consigo en su largo viaje. Trapaceras, encubridoras, blandas á las dádivas y aun á los requiebros amorosos, impropios de su cargo y de su edad, figuran en todas las tercerías más ó menos eróticas, siendo tan semejantes entre sí las descritas por Cervantes como las zaheridas por Quevedo.

Sin embargo, nada tan repetido y uniforme como la trama de la doncella burlada con el eterno ardid de oferta de matrimonio. Víctimas de él llojan sus cuitas ante el hidalgo manchego la sin par *Dorothea* y la hija de la *Rodriguez*, la infeliz *Minguilla* y la egregia *Antonomasia* por boca de la dueña *dolorida*. Y no sólo abunda este fraude amoroso en el *Quijote* y en otras obras de Cervantes, como *Las dos doncellas* y *La señora Cornelia*, sino que llega á ser recurso tan socorrido entre nuestros clásicos, que Calderón en *La vida es sueño* indica claramente su generalidad, cuando dice *Rosaura*:

Aquella necia disculpa
De fe y palabra de esposa
La alcanzó tanto, que aun hoy
El pensamiento la llora.

Consecuencia lógica de la hipocresía y de los ocultos vicios de entonces eran estas burlas de amor, siempre idénticas hasta en sus más nimios detalles, como el asedio del galán y la esquivé y encerramiento de la dama, de cuya reclusión decía Cervantes que «no hay mujer por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre el tiempo para poner en ejecución sus atropellados deseos». En efecto, parece inverosímil que, siendo tan extremadamente virtuosas, se las rinda tan pronto como D.º Fernando á *Dorothea*, que ni aun le amaba hasta entonces. Sería más lógica la lucha pasional, el estudio de las flaquezas é inclinaciones de las vencidas antes del rendimiento, análisis psicológico que serviría á la vez para diferenciarlas moralmente.

El genio de Cervantes, anticipándose á la moderna evolución de las costumbres—aunque no preconizaba la desenvoltura, como se ve en la respuesta de D. Quijote á *Allisidora*,—crítica con el palpante ejemplo de la acción las fatales consecuencias del criterio hipócrita, suspicaz y tiránico con que se educaba á la mujer, dando lugar á que una *Luscinda* pronunciase un *si de las niñas* tan forzado y perjuro cual ser pudiera el de D.º *Patiquita* en la comedia de Moratín.

Mas no se crea que esta uniformidad de condiciones morales y estéticas resulta pobre ó monótona. Entre la multitud de dueñas y zagalas, de mozas y venteras, sobresalen figuras femeniles universalmente admiradas.

Dulcinea tiene el doble carácter ideal y prosaico reflejado desde un principio por nuestra literatura, en la que, al lado del idealismo que dicta la carta de D.º *Manuel* á la *Dama duende*, se observa en *El acero de Madrid*, en *La donación de la cruz* y en la mayoría de las obras clásicas un naturalismo acentuado y palpante.

Como princesa y dama de D. Quijote, *Dulcinea*

es perfecta, pudiendo ser egida y orgullo de su sexo: como mujer real, es tan repulsiva y diferente que la decepción del enamorado manchego, á no creerla encantada, hubiera sido comparable á la de muchos ilusos, amantes de *Dulcinea* forjadas por trapaceras y afeites, que se encuentran después en la intimidad de la vida conyugal con *Aldonza Lorenzo*.

La duplicidad de su carácter depende de la especial locura de D. Alonso Quijano, que todo lo embellece, todo lo afiganta, todo lo sublima, convirtiendo las laboradoras en princesas, los bachilleres y lacayos en esforzados paladines, las daifas en doncellas virtuosas, los polichinelas en héroes románticos, cual si la demencia de D. Quijote fuese un símbolo de la eterna aspiración del hombre á lo ideal, perfecto, noble y hermoso.

Figuran desde el principio de la acción dos mujeres que, por el contrario, siempre se presentan

Pero Maritornes, cuyo nombre fué uno de los términos nuevos con que enriqueció nuestro idioma Cervantes, es una verdadera creación que sintetiza toda una clase.

Las metamorfosis de *Dorothea* son más múltiples y peregrinas, por lo mismo que no dependen tan sólo de la ofuscación de D. Quijote, sino de sus personales desventuras, siendo de admirar los encantos de su carácter en todas las evoluciones. Entusiasma como activa laboradora y sorprende como decidido zagal; cautiva con sus discretas razones, que triunfan del esquivo D.º *Fernando*, y regocija con sus donosas incoherencias en su papel de infanta *Micomicona*.

Pero lo más singular es su semejanza artística con otra de las heroínas literarias más populares, con su tocaya, la *Dorothea* de Goethe. Ambas son hincosadas, intrépidas, caritativas; pero entre ellas existen diferencias que pudieran considerarse muy bien como características de dos razas: la *Dorothea* española, esencialmente meridional, es impulsiva, apasionada, crédula; la *Dorothea* germanica es reflexiva, fuerte y humilde; moralmente considerada, es superior á la del poema alemán. La primera se rinde á D.º *Fernando*, creyendo lógico que su hermosura la encumbra á la más elevada jerarquía social; la segunda, cuando el hostelero la saluda como á una hija, se ofende, por encontrarlo inverosímil, siendo tan discretas las razones de una para vencer el desvío de su amante, como las frases de otra al replicar al padre de su prometido. En el arroyo y la abnegación resultan tan parecidas, que si la de Goethe defiende espada en mano su honor y el de sus compañeras, la de Cervantes arroja por un derrumbadero al sirviente que pretendía abusar de su desamparo, y si la caridad con los fugitivos es el rasgo más saliente de la emigrante alemana, la asendereada española prodiga incessantemente cuidados y consuelos á la mora, á D.º *Clara* y á su rival *Luscinda*.

Intimamente enlazadas con las desventuras de *Dorothea* se hallan las de la amada de *Cardenio*. Su idilio, semejante á muchos de aquella fase literaria, se inicia con un amor de niños, contrariado por la tradicional tiranía de los padres, viéndose, como en *Dorothea* y *Claudia Jerónima*, el influjo que la lectura de las novelas caballerescas ejercía sobre las decisiones de las doncellas más honestas y meticolosas.

De diferente raza y religión, extranjería y afligida, es *Zoraida* una figura esencialmente poética. Con la ingenuidad de las vírgenes de la *leyenda de oro*, con el ferviente misticismo de una Santa *Tereseña*, pregunta cuanto ignora á *Lela Marien*, y aun en su amor profano pide con igual candor al cautivo que la ame y sea su esposo. Esta creación encantadora, predilecta de Cervantes, figura asimismo en *Los baños de Argel*, porque es tal la complacencia que muestra el autor en esmalter el tipo de *Zoraida*, que parece que la acaricia con la pluma y que la pasión estética del literato por su protagonista es reflejo de la del glorioso cautivo por la hija de Agimorato. Sin duda por creerlo así, supusieron que estos amores eran trasunto de alguna aventura de Cervantes, hasta que la crítica moderna descubrió al héroe verdadero de la leyenda amorosa.

Entre la sencilla credulidad de *Dorothea*, entre la noble firmeza de *Luscinda*, y entre la dulce poesía de *Zoraida*, proyecta negra sombra de traición y oprobio una mujer, *Camila*, si bien su historia ni aun como episodio secundario del *Quijote* puede considerarse. Educada honestamente, mimada por la fortuna, halagada por su marido, en ella es menos disculpable la caída, por ser tan extremada su virtud y tan ostentosos sus alardes de dignidad. Tal vez dependa esto de resultar obscura su psicología de soltera, y desconocidos los móviles y antecedentes de su matrimonio; pero la perversidad y astucia de la protagonista de *El Curioso impertinente* sólo es comparable á la de *Leonela*, siendo sus falsías y liviandades bien distintas de los ingeniosos ardidés, urdidos en las comedias de capa y espada por las traviesas tapadas y sus inseparables confidentes.

Tereseña Panza, personificación de la gramática parda, resulta eterno retrato de las aldeanas ladinas. Físicamente, parece modelada en un trozo del «rido terruño»; su marido la llama *Tereseña la Gorda*, desmintiendo á Cervantes que la describe seca y alta, del mismo modo que la denomina *Tereseña Sancha*, *Juana Gutiérrez* y *Mari Gutiérrez*, aunque critica este error en el *Quijote* de Avellaneda



D. ISIDORO DE CARLOS Y HIERRO.

† en Madrid el 7 del actual.

De fotografía.

en su aspecto real: la sobrina y el ama. Ignorantes, fingonas, interesadas, parlanchinas, tercas, resumen los defectos de la mujer ineducada, que aun hoy mandaría tapiar la biblioteca de su marido, juzgando á los libros causantes del divorcio moral, originado probablemente por sus genialidades ó su incultura. Ambas patentizan también que la inmensa mayoría de las mujeres españolas permaneció ajena á los ideales y empresas del Renacimiento.

—¿Qué son insulas?—preguntan á Sancho.—¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilón, que tú eres?

Inaudita parece la interrogación en la época en que España descubría el más vasto imperio insular; pero es aún más triste haberlo perdido sin que hayan llegado á saber lo que son insulas las lugares descendientes de la sobrina y el ama de D. Quijote.

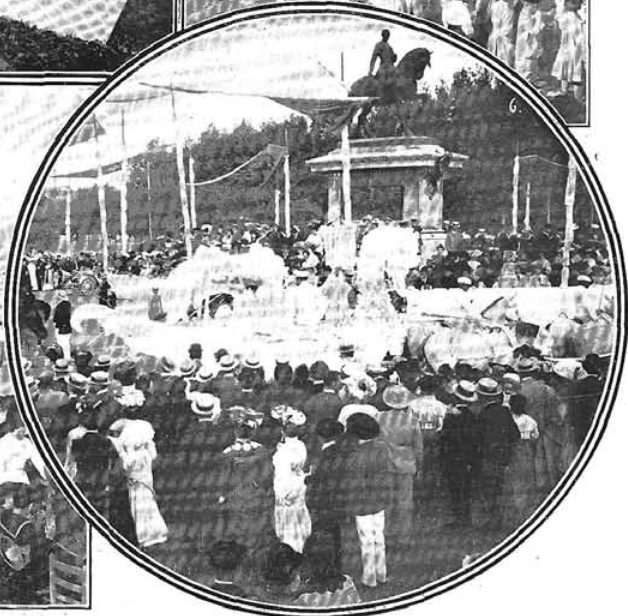
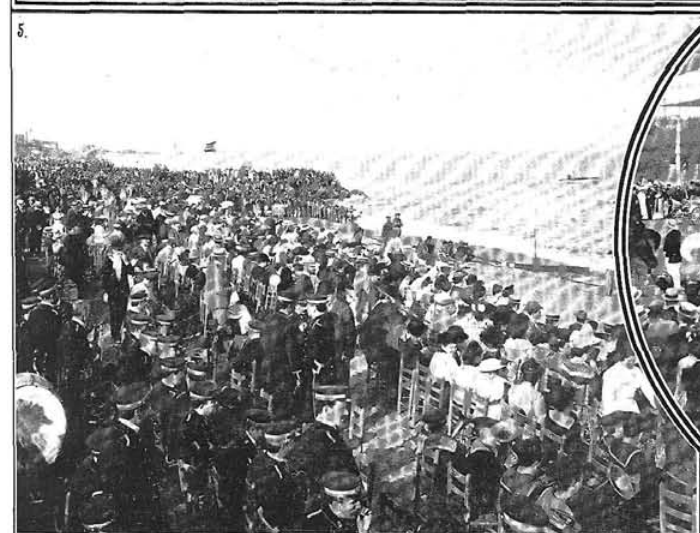
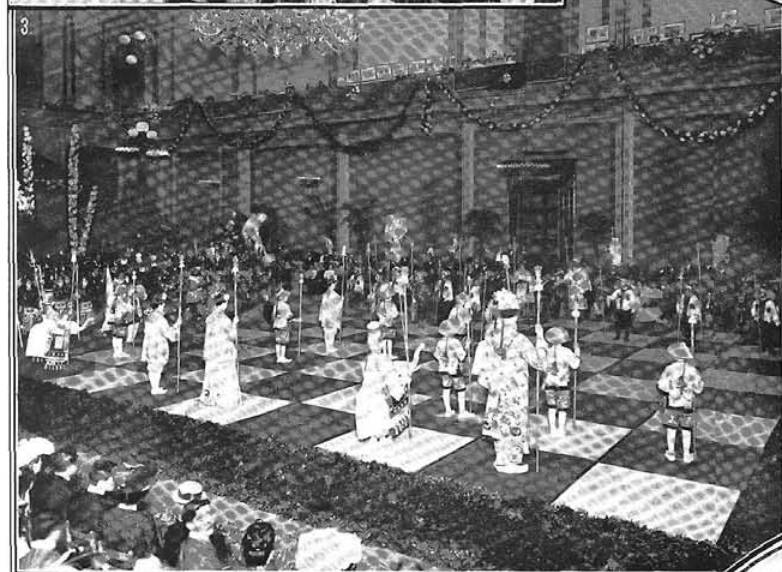
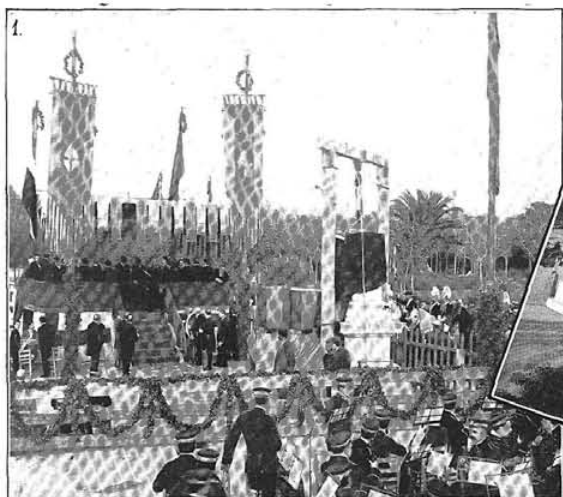
A pesar de ser realista cual ninguna la figura de *Maritornes*, es una de las idealizadas por el demente manchego en la célebre noche pasada por primera vez en la venta, para él castillo encantado. La transmutación de *Maritornes* es la más absurda de las forjadas por el desvarío de D. Quijote; sin embargo, este episodio, uno de los más naturalistas de la obra, armoniza con los innobles caracteres físicos y con los instintos groseros de la moza del mesón, desmentidos únicamente al mostrarse compasiva con Sancho, después de mantenido, por ser la compasión innata en toda mujer, y especialmente en la mujer del pueblo.



FALLECIMIENTO DE S. A. R. LA SERRA. SRA. PRINCESA DE ASTURIAS. — EL PÚBLICO FIRMANDO LAS LISTAS EN LA MAYORDOQUÍA MAYOR DEL PALACIO REAL LA NOCHE DEL 17 DEL CORRIENTE.

Dibajo de Mencheta.

COPIA
UNIVERSITY
NEW YORK



1. Inauguración de las obras de los edificios destinados á museos de pintura antigua y moderna. — 2. La plaza de Cataluña decorada. — 3. Ajedrez vivo efectuado en el palacio de Bellas Artes. — 4. Los xiquets de Valls. — 5. Fiesta marítima en la playa de San Sebastián. — 6. Fiesta en los jardines del Parque: «El Coso blanco».

BARCELONA. — LAS FIESTAS DE LA MERCED.

Fotografías de Juan Farnelle.

los famosísimos platos de reflejos metálicos, llamados *mudejares* por unos, *hispano-morisicos* por otros y *árabes* españoles por algunos, se admiran é imitan de distintas maneras y *por partes* (como por ejemplo en decorativa), sino también otras piezas de nuestra cerámica y alfarería mucho más modestas.

No hace falta más. Pero aún podemos ofrecer ejemplos más exactos y varios de la influencia de nuestra cerámica, por sus formas y por su decoración, en las artes modernas. Para otro artículo dejámos la tarea, pues hay tela cortada.

Una observación se me ocurre al terminar estas cuartillas. Durante más de siglo y medio ó dos siglos, esto es, desde últimos del siglo XVIII hasta mediados del XIX, España estuvo tan lejos de Europa como la China y el Japón; hoy la decorativa moderna saquea con tanto afán el genio asiático como el hispano. Otra observación todavía: el Japón se europeiza hasta el extremo de que sus artistas se van haciendo franceses, ingleses y alemanes; es decir, forman en las filas de lo anónimo y vulgar.

Recordemos esto, que es muy interesante.

R. Balsa de la Vega.

CITA DE CAZA.

Es la hora alegre de la cacería en el pabellón de la cita, bajo las frescas sombras.... Que hayáis seguido la caza á caballo ó en coche, poco importa; (tanto de todas suertes que dar un consejo á las elegantes. Antes de tomar sitio en la mesa florida, deben darse en el rostro una ligera capa de **Duvet de Ninon**. Es exquisito, y por arte milagroso os comunica frescura, rosado color y belleza á medida de vuestro deseo. Era el secreto de **Ninon de Lençols**, y la **Perfume Ninon**, 21, *rue du Quatre-Septembre, París*, lo conserva preciosamente. Otro consejo: la transpiración y el polvo son muy dañinos para el cuero cabelludo, y debéis emplear regularmente el **Extracto Capilar de los RR. PP. Benedictinos del Monte Majella**.

No conozco nada mejor para fortificar y conservar el cabello. **Fifano á Mr. Sorel, administrador, 35, rue de Quatre-Septembre, París**. En Madrid, en las perfumerías de Urquiolá, Mayor, 1; Del Molino, Carmen 2; Romero, Carrera de San Jerónimo, 3; Hijos de J. J. Forlís, Puerta del Sol, 2; Gal y Compañía, Ferraz, 25; y en Barcelona, en las de Julia Comas, Call, 30; Banús, Dalme I, 18; Ferrer, Princesa, 4; Massip, Fernando, 55; Forton, Escudillers, 34, 1.ª, y Liedó, rambra de Capuchinos, 17.

CONDESA DE CERNAY.

BANCO DE ESPAÑA.

Concurso para el suministro de impresos y libros destinados á sus sucursales.

Por acuerdo del Consejo de gobierno se abre un concurso para proveer á este Establecimiento de los impresos, libros, papel especial y sobres con destino á sus sucursales, y con sujeción á las condiciones que se detallan en las proposiciones que se facilitarán por el asociado de material, donde se hallarán de manifiesto los modelos correspondientes.

Los concurrentes deberán presentar sus proposiciones para todos los grupos ó subgrupos, ó para algunos de ellos, en pliegos lacrados, hasta las cuatro de la tarde del día 31 de Octubre, reservándose el Banco el derecho de adjudicar dicho servicio total ó parcialmente á uno ó á varios de los que hubieren concurrido, así como de desestimar todas las proposiciones que considere inadmisibles. Madrid, 23 de Septiembre de 1904.—Por el Director-jefe de las sucursales, **Isidoro Azcona**.

Habiéndose presentado en la caja del Banco algunos billetes falsos de la serie de 100 pesetas, emitida de 1.º de Mayo de 1903, busto de Quevedo, se anuncia al público que en la portería del Establecimiento estarán expuestos uno falso y otro legítimo, para que sean conocidas sus diferencias, siendo las más visibles la borrosa del reverso y el papel que está compuesto de dos hojas, menos en la marca de agua transparente que es de una sola, por lo cual se nota al tacto más delgada que el resto del billete. Madrid, 21 de Septiembre de 1904.—El secretario general, **Gabriel Miranda**.

El Consejo de Gobierno, ha acordado autorizar la circulación de una nueva serie de billetes de 50 pesetas, que llevan la fecha de 30 de Noviembre de 1903.—Madrid, 5 de Octubre de 1904.—El secretario general, **Gabriel Miranda**.

Economía doméstica.

Es muy grande la que puede obtenerse siguiendo, para vestir bien, los consejos y figurines que ofrece *La Moda Elegante*.

El núm. 39 de esta notable Revista contiene, reproducidos en hermosos grabados, los modelos más nuevos, más selectos y más prácticos de peinados, cuellos, cinturones, faldas, trajes y abrigos de invierno para señoras, señoritas y niñas.

Acompañan al número un primoroso *figurin iluminado* y un gran *Suplemento de patrones*.

CABELLERA HERMOSA

suave y abundante, se obtiene friccionándose diariamente la cabeza con

PETRÓLEO GAL

PERFUME EXQUISITO. Precio: 3 y 5 ptas. frasco.

FERRO-QUINA BISLERI

El uso de este licor se considera ahora como una necesidad para los nerviosos, anémicos y los debilitados de estómago.

El ilustre profesor ENRIQUE MORSELLI escribe: «Me ha dado indiscutibles resultados en las formas de dispepsia lenta, como también en todos los estados de debilidad general que complican la neurosis histérica.»

REPRESENTANTE EN ESPAÑA: **ALFREDO ROLANDO**, BAJADA SAN MIGUEL, 1. MILAN

La acción de la Crema Simón sobre las grietas en las manos y en los labios, sarpujido, rugosidades, etc., es prodigiosa; en unas horas esos ligeros inconvenientes desaparecen como por encanto. Los efectos de la intemperie, pecas y manchas rojas, se atenúan inmediatamente con el empleo de nuestra *Crema*, que es también muy útil en aplicaciones sobre la piel tan delicada de los niños. La *Crema Simón* quita de una manera muy eficaz la irritación que la navaja de afeitar produce en la piel.

POLVOS DENTIFRICOS de la S.ª HIGIÉNICA

Para evitar las falsificaciones exácese la nueva etiqueta negra y roja y el sello de garantía con la firma **COTTAN** et C.ª, 55, *rue de Rivoli, París*.

SEÑORA

estética, de esmerada educación, de cuarenta á cincuenta años de edad y acostumbrada al manejo de la casa, hace falta para poseerla al frente de una en que hay niños. No ha de dar lecciones, pero sería preferida la que hablara correctamente el francés. Diríjase con informes y condiciones á la Sección de encargos de *La Moda Elegante*, Arenal, 18, Madrid.

EAU d'HOUBIGANT muy apreciada para el tocador y para los baños. **Houbigant**, perfumista, París, 19, Faubourg S.ª Honoré.

Eau de Botot EL SOLO DENTIFRICO APROBADO POR LA Academia de Medicina de París. Exigir la firma **BOTOT**, 17, *rue de la Paix, París*. Se vende en TODAS PARTES.

LA FOSFATINA FALIERES es el mejor alimento para niños desde la edad de 6 á 7 meses, principalmente en el destete y en el período del crecimiento. Tiene un gusto muy agradable y es de facilísima digestión. París, 6, *Avenue Victoria*.

DOLOR de CABEZA desaparecen en cinco minutos con el **Hemicranina** del Dr. Caldeiro, farm. y Arenal, 15; pts. 3, caja.

Consultorio Ortopédico. Especialidad en Fajas y Brindóns de clase **Gomas** y aparatos ortopédicos. Carmen, 21, Madrid

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Las más famosas sentencias del buen juez francés **Magnaud**, con un retrato del mismo. — Un volumen en 8.º mayor de 362 páginas.

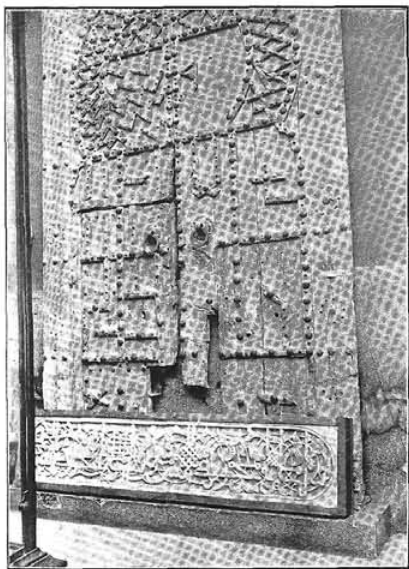
La simpática personalidad del sabio y humanitario presidente del Tribunal de Chateau-Thierry ha sido fielmente reflejada en un magistral estudio preliminar hecho por el ilustre abogado de Madrid, D. Dionisio Díez *en la mujer*, cuyo letrado ha traducido también, anotándolos con gran tino, las sentencias y comentarios comprendidos en el libro que damos á conocer.

Ninguna de las colecciones de fallos de Magnaud expuesta de modo tan elocuente como ésta las doctrinas que lo han hecho célebre en todo el mundo civilizado, porque contiene las sentencias más notables, las que le hicieron popular, las que suscitaron discusiones apasionadas, entusiastas de unos y diatribas de otros; cartas, discursos, peticiones de Magnaud á las Cámaras, é innumerables datos acerca de los actos públicos de este juez, que ponen de relieve su justa celebridad. — Precio: 3,50 pesetas. — Madrid, 1904.

Sociología contemporánea. — La casa editorial Sucesores de Manuel Soler, que en buenos servicios viene presentando con su biblioteca de Manuales, ha publicado el volumen 46 de tan interesante colección, debido al distinguido profesor D. Adolfo Posada. Titúlase dicho volumen *Sociología contemporánea*, y es un resumen crítico del estado actual de los problemas capitales de la nueva ciencia. Trátase en él del origen de la sociología, de la filosofía de las ciencias sociales, de las relaciones de la sociología con las ciencias sociales particulares, de la doctrina del fenómeno superorgánico, etc., etc. Además, se hace una detenida exposición de la doctrina sociológica contemporánea, y del movimiento más reciente de la sociología científica.

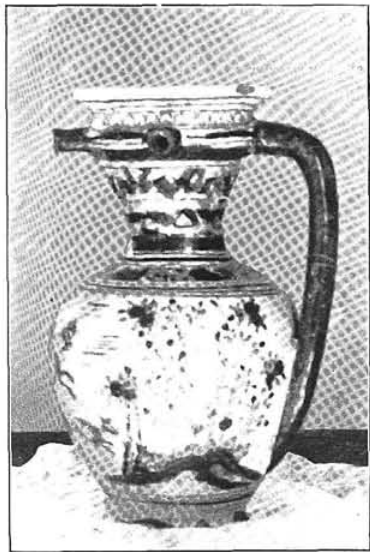
Puede asegurarse que ni una sola de las manifestaciones interesantes de ésta, desde los fundadores de la misma, hasta sus representantes actuales en todos los países, deja de ser examinada en este Manual. Su lectura resulta útilísima para orientarse rápidamente del estado presente de las investigaciones sociológicas y de sus resultados más importantes. — Barcelona, 1904. — Precio: 1,50 pesetas.

Manual práctico de correspondencia francesa. — Uno de los libros más útiles para el estudio del francés, es indisputablemente este Manual, escrito por J. B. Melzi. El conocimiento de un idioma no consiste sólo en la



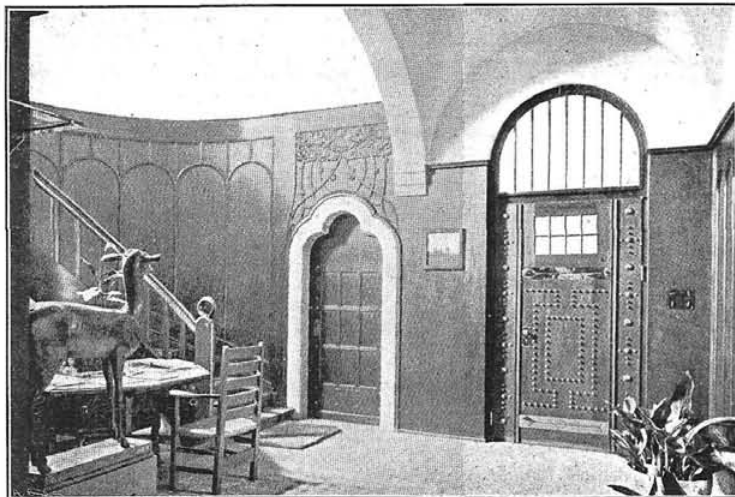
Núm. 1.

Y lo raro del caso es, que el *vaso* que reproduce el grabado número 4, vaso que entre nosotros no ha pasado de la categoría de *jarro*, ha sido inventado y modelado por un artista en cuyo país la cerámica tiene un abolengo admirable, y de indiscutible superioridad artística en muchas de sus manifestaciones, sobre la cerámica de Europa entera. Pertenece ese vaso ó jarro—como gusten nues-

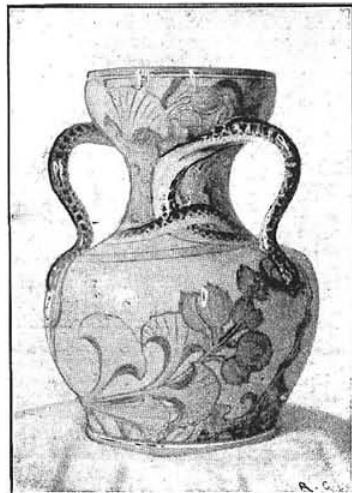


Núm. 2.

tros lectores—á la Sociedad de Cerámica moderna italiana, y lo ideó Galileo Chini. Fijese bien la atención en la forma de la pieza, y compáresela, por ejemplo, con las que reproducimos en el grabado número 2. Las variantes no son muy grandes ciertamente. Véase la génesis de esa forma. El jarro de Valdemorillo es el progenitor del vaso de Chini. Añádasele otra asa y suprimásele el pico.



N.º 3.



N.º 4.

ARTES SUNTUARIAS.

Véase el artículo de D. R. Balsa de la Vega en la pág. 239.

adquisición de un cierto número de palabras, ni en vencer las dificultades gramaticales; exige el poder emitir correctamente por escrito todos los pensamientos en su múltiple variedad de formas. Para lograr este fin, no hay que decir cada indispensable resulta la práctica de ejercicio epistolares.

Inspirándose en este propósito, se ha escrito el presente Manual.—Madrid, 1904.—Fresco del ejemplar: 1,50 pesetas en rústica y 2 pesetas, encuadernado en tela.

De venta en todas las librerías y en casa del editor P. Orriar, plaza de la Lealtad, 2, Madrid.

La visita maravillosa.—La Vida Literaria, de Barcelona, acaba de publicar, en esmerada edición y fielmente traducida, una de las obras más interesantes del originalísimo escritor inglés H. J. Wells.

Titúlase el libro *La visita maravillosa*, y después de su lectura, bien puede decirse de Wells, con Mauricio Maeterlinck, que posee «la imaginación más imprevisita, la más inagotable, la más completa y la más lógica de estos tiempos».

En este, como en otros libros, no es Wells, como se ha dicho, un continuador de Julio Verne, pues aun posee una imaginación tan fértil como la del popular novelista francés, tiene sobre éste la doble superioridad de ser

un artista verdadero y de encerrar en cada una de sus lecciones una de esas grandes ideas que no se dirigen á los niños, sino á los hombres.—Barcelona, 1904.—De venta en todas las librerías.

Consejos á las madres sobre el modo de criar á los niños.—Cartilla de vulgarización científica, en la que su autor, el Dr. D. Bartolomé Antonio Mut, hace, en forma clara y sencilla, inteligentes indicaciones para el cuidado de los pequeñuelos en la primera infancia.—Madrid, 1904.

Homenaje á D. Francisco Codera, en su jubilación del profesorado.—LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, en su número correspondiente al 15 del actual, asoció á la hermosa manifestación de simpatías que un gran número de orientalistas españoles y extranjeros tributaba al sabio catedrático D. Francisco Codera, con motivo de su jubilación del profesorado.

Entonces pusimos de relieve el indiscutible mérito de este precioso varón. Hoy hemos de dedicar un aplauso sincero á la valiosa colección de estudios orientales que, impresos y reunidos en gran volumen, constituyen el HOMENAJE.

Fuera imposible detallar uno por uno los trabajos verdaderamente notables que constituyen este hermoso libro. En él figuran, firmando artículos tan interesantes como

eruditos, académicos y profesores españoles de tan alta autoridad como Saavedra, Menéndez Pelayo, Gaspar Remiro, Altamira, Carreras Candi, Chabás, Asín y Palacios, Eguilar, Alemany, Gil, Ferrandis, Pano, Miro, Ibarra, Gonzalvo, Hinojosa, Menéndez Pidal, García de Linars, Gómez Moreno, Vives, Prieto y Vives, Ribera, Ureña y Viscasillas.

Alterando con estas firmas aparecen las de los parisinos Barrat Duhigo, Deyenbourg y Houdas; las de los profesores de Argel Basset, Fagnan y Gauthier; la del portugués David Lopes; las de los italianos Guidi y Nallino; la del holandés Goetje; la del dinamarqués Mehren, y las de Zequi (secretario del Consejo de Ministros de Egipto), Seybold (de la Universidad de Tubinga), y Macdonald, de Hartford (Connecticut).

Dada la autoridad y los bien ganados prestigios de que disfrutaban estos autores, resulta superfluo el elogio de su producción, como también huelga señalar la complacencia que á fuer de buenos españoles y de amantes de la intelectualidad patria sentimos, viendo que de los principales centros de cultura del mundo han acudido egregios hombres á unirse al legítimo homenaje que los orientalistas de España ofrecen á su venerable maestro Codera. Zaragoza, 1904.

LA SALUD PARA TODOS
sin medicina, por la deliciosa harina de salud

LA REVALENTA ARÁBIGA DU BARRY
DE LONDRES

Curra las digestiones laboriosas (dyspepsias), gastritis, acedias, disenterias, pituitas, náuseas, íabres, estreñimientos, diarrea, cólicos, tos, diabetes, debilidad, todos los desórdenes del pecho, bronquios, vejiga, hígado, riñones y sangre.—50 años de buen éxito, renovando las constituciones más agotadas por la vejez, el trabajo ó los excesos. Es también el mejor alimento para criar á los niños.—DEPÓSITO GENERAL: Viday y Ribas, Barcelona, y en casa de todos los buenos boticarios y ultramarinos de la Península y Ultramar.—DU BARRY y C^{ía}, 77, Regent Street, Londres.

Medalla de oro en Nápoles y Barcelona

ANTIDIABETES SURROCA Marca registrada.

Infalible para la diabetes, inicia la mejora, sigue hasta la completa curación. Atenerse al prospecto. 15 pesetas caja.—J. SURROCA, botica, Badajoz.—Se manda por correo previo pago. Véanse en droguerías y farmacias. En Madrid, Melchor García, Capellanes, 1.

FRIO Y HIELO
COMPAÑÍA INDUSTRIAL
DE LOS PROCEDIMIENTOS PRIVILEGIADOS
RAOUL PICTET
Capital: 1.350.000 francos
MÁQUINAS para la PRODUCCIÓN del FRIÓ y del HIELO
Baratas
ENVÍO FRANCO DEL PROSPECTO
28, rue de Grammont, PARÍS

UNA GRAN VERDAD

Los dientes aparecen más pequeños con el crecimiento natural de las encías.

Por el abandono de la boca se reblandece y descama la encía, haciendo aparecer los dientes mucho mayores. ¡Cosa más horrible!

Se consiguen encías duras y del color de la rosa, y dientes esmerados, blancos y más pequeños, con el uso diario del mejor y más barato dentífrico, **Licor del Polo**. 1.º premio IX Congreso de Higiene Internacional.

Debilidad general-Neurastenia-Afecciones nerviosas diversas

NEURO-HEMINA-ZONI
J. M. REYMUÑO, farm^o-prepr. Atocha, 25, MADRID

Calidad invariable

TRADE MARK

Fragancia deliciosa

TÉ BOUDOIR HORNIMAN
EL TÉ PURO
MARCA BOUDOIR
se bebe en todas las familias aristocráticas de Europa.
Cada lata lleva la marca registrada (un dragón) y la firma de los fabricantes.
Se vende sólo en latas en todos los principales almacenes y establecimientos de comestibles de España y las Américas.
ES EL MEJOR Y RESULTA MÁS BARATO

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Impreso con tinta de la fábrica LORILLEUX y C^{ía}, 16, rue Sugex, París.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.
El papel de este periódico es de la fábrica LA VASCO-BELGA (Rentería).

MADRID.—Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneira», impresores de la Real Casa.
(Propiedad de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.)